



El Monasterio de Canonessas del Santo Sepulcro de Zaragoza necesita cómplices

Marisancho Menjón

“Id a verlo y a enamoraros, uníos
a la causa de las Canonessas:
sed cómplices de una tarea
imprescindible.”



◀ Claustro mudéjar del monasterio.

“La apertura a la sociedad forma parte de su identidad histórica.”

El recogimiento y la paz te traspasan a ti cuando tú traspasas el umbral. En el claustro o en el jardín trasero, sorprende experimentar el silencio cuando recuerdas que solo te separan unos metros del tráfico y el tráfigo de la ciudad. Hay algo en la luz quieta del claustro, en el frescor de la sombra, en la digna resistencia de sus antiguos muros, que transmite sosiego. Esa paz, sin embargo, no significa parálisis. La pequeña comunidad de las Canonessas mantiene una constante actividad. Actos culturales, colaboración con causas sociales, jornadas ecuménicas, celebración del tiempo litúrgico, vinculación con el barrio, visitas turísticas, congresos, talleres... No hay más que ver su web, leer su boletín o, simplemente, acercarse a ellas, para comprobarlo.

Esa apertura a la sociedad forma parte de su identidad histórica, pues las Canonessas no estuvieron sujetas a clausura, lo mismo que otras órdenes hierosolimitanas (como las sanjuanistas de Sijena). Su relación con el mundo exterior, por tanto, era habitual, y la desarrollaban normalmente para gestionar sus posesiones o para cualquier eventualidad que les surgiese. De igual modo, podían entrar sus familiares, se albergaban mujeres no profesas y se internaban niñas para recibir una buena formación hasta que llegara el momento de casarlas. Fue así desde su fundación, en los albores del siglo XIV, cuando la noble Marquesa Gil de Rada, de origen navarro y esposa del señor de Híjar, donó unas casas y terreno que poseía en esta villa turolense para la creación de un cenobio femenino de la Orden del Santo Sepulcro.

No prosperó, sin embargo, la fundación en Híjar, de modo que doña Marquesa, al hacer testamento en 1303, hizo una nueva donación: unas casas y huertos que tenía en Zaragoza junto a la muralla y el río, con una capilla que había edificado allí «a honor de Dios e de la Orden del Santo Sepulcro». En ese lugar se asentaron las religiosas y allí han permanecido hasta hoy.

El documento de aquella donación nos proporciona dos datos fundamentales sobre la configuración del primitivo monasterio, que perviven en la actualidad: el primero es la ubicación de «las casas» junto a la muralla, porque uno de los rasgos de la personalidad del edificio es su

Claudio Coello o con la de San Carlos Borromeo, paradigma del arte barroco. Pero el caso del Monasterio de las Canonessas es el más sangrante, porque en este enclave se resume de manera palpable la historia de Zaragoza desde la época romana hasta finales del siglo XIX: puedes ver sus huellas, las tienes ante ti, las puedes tocar.

Puedes reconocer, también, la vida no siempre sosegada que se ha desarrollado entre sus muros, y el hecho extraordinario de que una misma orden religiosa, la de las Canonessas Regulares del Santo Sepulcro de Jerusalén, se haya mantenido en este lugar durante más de setecientos años. El monasterio zaragozano es el único de la rama femenina de esta Orden en la Península Ibérica y el más antiguo de Europa. Y sigue manteniendo su carisma, que es dual: recogimiento, paz y oración, por un lado, pero también compromiso con su entorno y conexión con los problemas del mundo que nos rodea.

Como tantos otros vecinos de Zaragoza, yo pasé muchos años viviendo en la ciudad sin haber entrado al Monasterio de Canonessas del Santo Sepulcro y, por tanto, sin ser consciente del altísimo valor histórico y monumental de ese monumento situado a escasos cinco minutos de La Seo. En mi caso la falta era más grave, por ser licenciada en Historia del Arte; pero ni siquiera durante la carrera vimos en clase algo más que una referencia a su claustro mudéjar, y eso en la asignatura de Arte Aragonés, que era tan solo una optativa del último curso. No tuvimos ocasión de abordar su estudio como conjunto ni su importancia en la historia de la ciudad.

El desconocimiento generalizado sobre un monumento tan emblemático es uno de los misterios de Zaragoza en relación con su patrimonio artístico; también pasa con la iglesia de la Mantería y sus magníficos frescos de

Fotografía de Ana Isabel Elduque.



Cubos y lienzo de la muralla romana.



Capilla conventual del Santo Sepulcro.



cerramiento. Este lo constituye un tramo de la muralla de Cesaraugusta. De hecho, es uno de los dos mejor conservados de la ciudad, con un amplio lienzo y dos cubos semicirculares bien visibles desde el exterior (calle Coso y plaza Tenerías) y de otros restos más numerosos, a veces camuflados en construcciones posteriores o bien en el subsuelo.

El segundo dato es que doña Marquesa aportó unas casas ya existentes, por lo que la comunidad fundadora se estableció de entrada en aquel edificio y a lo largo del siglo XIV se fueron construyendo más dependencias, las necesarias para la vida monástica. Tal como sucedió con las murallas, algunos elementos de esas antiguas «casas» permanecieron después. En época islámica, al parecer, en este lugar se localizó la llamada «zuda oriental» o «del Sol», enclave principal de la Saraqusta musulmana que, como tal, debió de poseer una refinada factura. Esos edificios fueron donados por Alfonso I a un noble navarro por su ayuda en la conquista de la ciudad, y acabaron en las manos de Marquesa Gil de Rada.

La pervivencia de esos edificios preexistentes es visible hoy si se observa en planta la disposición del conjunto, presidido por un gran bloque central, el claustro, que organiza las demás dependencias a su alrededor pero que en absoluto se ajusta a los cánones de los monasterios de su tiempo, sino que más bien debió de determinar la distribución de los espacios. De hecho,

en su extremo noroeste se ubicó la iglesia del Santo Sepulcro, fundada antes del 1300 por Marquesa Gil de Rada y que, seguramente con reformas, se ha mantenido hasta la actualidad.

La huella islámica también pervivió, aunque tamizada por la herencia mudéjar. De hecho, la pertenencia a este estilo de sus espacios más significativos es lo que caracteriza al monasterio. Entra aquí a tomar protagonismo la figura de fray Martín de Alpartir, comendador de la Orden del Santo Sepulcro en Calatayud, tesorero del primer arzobispo de Zaragoza, Lope Fernández de Luna, y personaje muy bien relacionado con el rey de Aragón, Pedro IV. Fue él el principal mecenas de las obras realizadas en esta época, y quien consiguió la ayuda de todos los demás citados para que apoyasen económicamente su desarrollo. Poco antes de su muerte en 1382, dictó testamento y ordenó terminar las obras que ya habían comenzado en el claustro, además del refectorio, cocina y bodega.

Mandó también ser enterrado en la Sala Capitular, frente a la pequeña cripta que coincide con la base de uno de los torreones de la muralla y que ocupa una preciosa talla en madera de Cristo yacente. La lápida de este

Interior de la Sala Capitular.





Fotografía de Ana Isabel Elduque.

▲
Lápidas de fray Martín de Alpartir y de una de las prioras.

gran mecenas sigue ahí, con su figura en bajorrelieve y una inscripción que la rodea. Todo el solado de la sala, rodeando la tumba, va cubierto de azulejos cerámicos, los más antiguos de los cuales, obra de los alfares de Manises, mandó colocar el propio fray Martín.

La Sala Capitular es el espacio más impactante del monasterio a nuestros ojos actuales. Se abre al claustro por un triple vano de gran belleza: una puerta en arco apuntado y dos ventanales dobles divididos mediante un fino parteluz y ornados con tracería gótica. La decoración de los muros es típicamente mudéjar, muy similar a la de las iglesias de la Comunidad de Calatayud (Tobed, Cervera de la Cañada, Torralba de Ribota), que imita en viva policromía el despiece de ladrillo, traza orlas vegetales, nudos y lazos que resiguen los perfiles de arcos y ventanas, o se distribuyen en fajas para animar la monotonía de los muros. De planta casi cuadrada, la sala va cubierta por una gran bóveda de crucería que remata en una clave de mocárabes y apoya sus nervios en cuatro columnas esquineras con capiteles, estos sí, nítidamente islámicos, seguramente de época taifa (siglo XI).

Pero hay que recorrer el claustro, también con decoración mudéjar en sus paramentos, aunque en buena parte apenas se distingue porque está pendiente de ser restaurada; fijarnos en los capiteles que recogen los nervios de las bóvedas de crucería; en el rincón donde, a modo de capillita, cuelga un crucifijo del siglo XVI; en

“Fray Martín de Alpartir mandó ser enterrado en la Sala Capitular, frente a la pequeña cripta que coincide con la base de uno de los torreones de la muralla y que ocupa una preciosa talla en madera de Cristo yacente.”



Decoración de la sala capitular en torno a sus vanos.

Fotografía de Ana Isabel Elduque.



Capitel islámico de las esquinas de la sala.

Fotografía de Marisancho Menjón.



Vanos de la sala capitular desde el interior.

Fotografía de Marisancho Menjón.

el ostentoso balcón desde el que, tras trepar por una estrecha escalera que aún conserva inscripciones en árabe, se accede a la planta superior... Y desde luego pasar al refectorio antiguo, imponente sala de finales del XIV (recordemos que ordena su construcción fray Martín de Alpartir en su testamento, en 1381) con tres tramos de bóveda, redecorada en su totalidad en el siglo XVI pero que aún conserva, bajo la capa de enlucido, los restos del agramilado de su decoración mudéjar original. En esta sala se expone una selección de bienes del monasterio que hay que visitar despacio; por su excepcionalidad, destaca un órgano portátil medieval, recientemente restaurado y en uso.



Uno de los capiteles del claustro, de alabastro con su delicada talla vegetal.

Fotografía de Ana Isabel Elduque.



Detalle del claustro del monasterio.

Fotografía de Ana Isabel Elduque.



Escena del Santo Entierro en el retablo de San Julián y Santa Lucía

Fotografía de Marisanchó Menjón.

Imagen del Crucificado del claustro, con pinturas góticas en la bóveda.



Fotografía de Marisanchó Menjón.



Refectorio antiguo, órgano portátil y una de las vitrinas de la exposición.

El monasterio es como un laberinto, con múltiples estancias de distintas épocas a las que se llega por diferentes escaleras, pasos y atajos. Es del mayor interés la zona llamada de "los Pasetes", que recorre el interior de la muralla romana y en la que se ha dispuesto una sencilla pero muy ilustrativa exposición de los trabajos arqueológicos allí realizados. También aquí pueden verse huellas de los daños que ocasionó en esta parte la ofensiva francesa durante los Sitios, a principios del XIX, por ser este punto uno de los frentes de ataque a la ciudad.

“El monasterio es como un laberinto, con múltiples estancias de distintas épocas a las que se llega por diferentes escaleras, pasos y atajos.”

Distintos espacios de la zona de "los Pasetes".





Fotografías de Ana Isabel Elduque.

Cocina medieval.

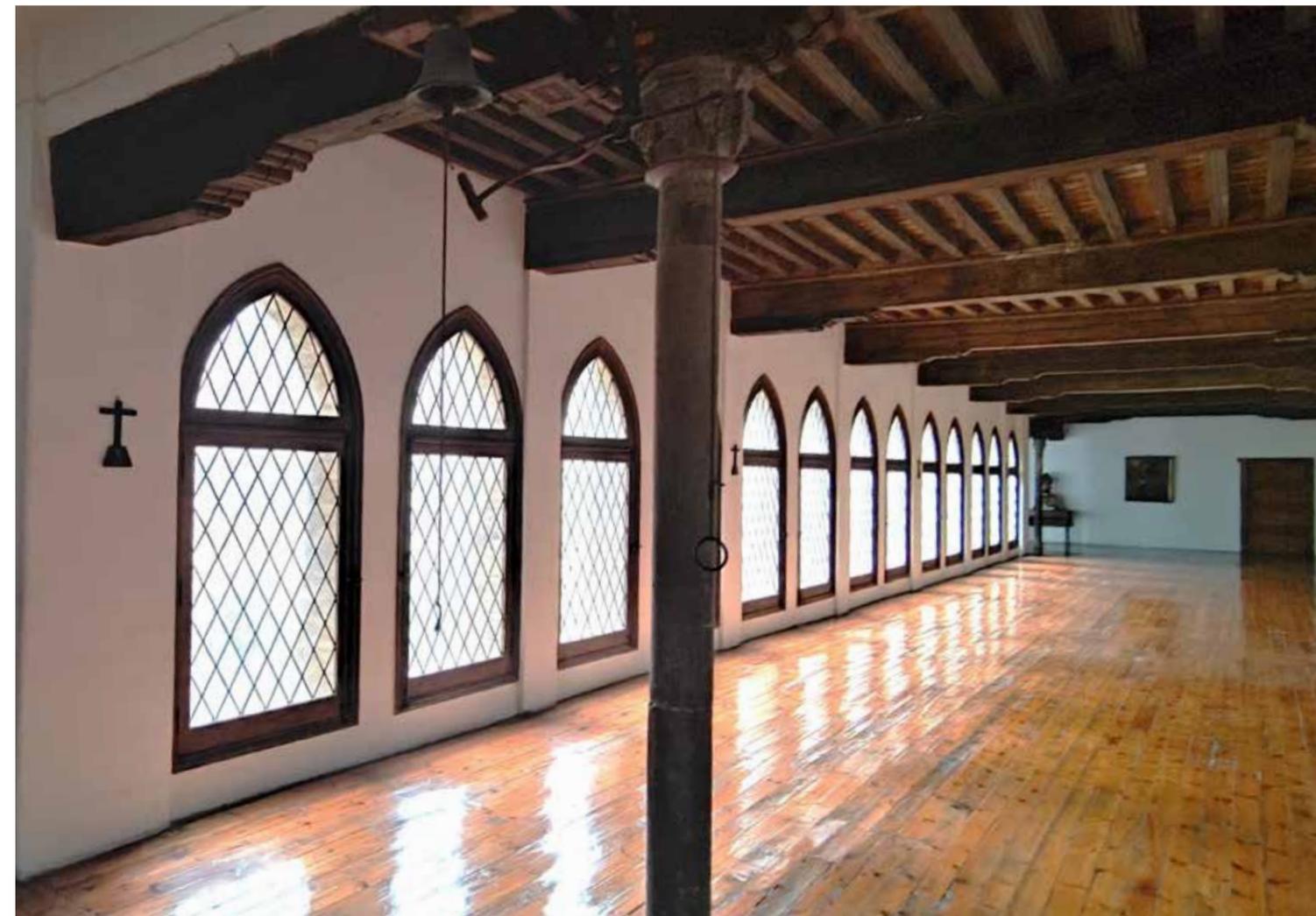
Los Pasetes llevan hasta la antigua cocina, que hoy está ambientada con elementos de ajuar propio de ese espacio, todos ellos del monasterio. De allí se sale al jardín trasero, un lugar presidido por un naranjo de gran porte y que, para la que suscribe, posee un encanto y una paz muy especial.

En el piso alto del claustro, con su luz tamizada por vidrieras y su techumbre sostenida por grandes zapatas de madera que apoyan en finas columnas de alabastro, hay una estancia muy relevante: los antiguos dormitorios. Su espacio fue recortado en altura por un techo a base de vigas de madera que dejó oculta, por encima, la cubierta de madera original. En origen, su aspecto debió de ser imponente, similar al de los dormitorios de Poblet. Hoy guarda varios retablos góticos, entre los que destaca el de San Julián y Santa Lucía, obra de los hermanos Serra, de finales del XIV. Su restauración se llevó a cabo entre 2021 y 2022 y el resultado es espectacular. Que sepamos, es el retablo completo e in situ más antiguo que se conserva en Zaragoza, de una delicadeza y un preciosismo exquisitos.

Una portezuela muy singular, coronada por un dintel de lacería islámica, da a un pasadizo que lleva a la parte superior de esta estancia, la que conserva la techumbre original, todavía no acabada de restaurar aunque se han hecho avances.

“Los Pasetes llevan hasta la antigua cocina, que hoy está ambientada con elementos de ajuar propio de ese espacio, todos ellos del monasterio.”

Retablo de San Julián y Santa Lucía y Claustro alto, con su alfarje de madera.





Dintel de lacería en la sala de los dormitorios.

Nos queda por reseñar el refectorio renacentista, presidido por una potente columna central que sostiene la estructura de la cubierta, y que conserva su esencia por haber estado en uso hasta hace pocos años. La chimenea-hogar es otro elemento muy destacable de este espacio, no solo por su tamaño sino por su carácter sobrio y clasicista, como corresponde al siglo XVI.

No dejaremos ese periodo histórico sin hacer referencia, importante para la comunidad universitaria, al hecho de que aquí fuera enterrado el gran filósofo y matemático Gaspar Lax de Sariñena, profesor en París y en la Sertoriana de Huesca, y posteriormente, hacia 1520, rector del Estudio Mayor de Zaragoza, precedente de la actual Universidad. Su lauda sepulcral fue descubierta durante unas obras en la nave mayor de la iglesia y trasladada al claustro, en cuya esquina suroeste se conserva hoy.

Hemos nombrado la iglesia, elemento primordial en cualquier monasterio. Pues bien, el de las Canonessas tiene dos. La primera, hoy considerada capilla monacal y ya citada, es la denominada del Santo Sepulcro y forma parte de las estancias que rodean el claustro. No ha perdido su aspecto civil, pues es una sala con testero recto y una preciosa techumbre de madera soportada por gruesas vigas talladas. Consagrada como iglesia bajo los auspicios de la fundadora, Marquesa Gil de Rada, quedaría como capilla monacal muy pronto, pues ya en 1381 fray Martín de Alpartir logró que el arzobispo zaragozano adscribiera al monasterio la iglesia de San Nicolás, que es la que da a la plaza.

La de San Nicolás fue sin duda una iglesia mudéjar de las del tipo fortaleza, como atestiguan los elementos conservados de su estructura original, escasos y no visibles al público pero con entidad suficiente para fijar estilo y cronología. Lo que hoy vemos, sin embargo, es un templo barroco muy sencillo, de nave única, testero recto y coro alto a los pies. La reforma se inició a finales del siglo XVII pero todavía la iglesia habría de sufrir varias reformas y reparaciones de importancia, sobre todo como consecuencia de los destrozos habidos durante los Sitios.

Roma, el islam, estancias mudéjares, espacios renacentistas y barrocos... Hemos visto pasar la historia entre los sólidos muros que guardan la espiritualidad y la vida de la Orden de las Canonessas del Santo Sepulcro, en este escondido y céntrico enclave zaragozano. El monasterio aún habría de experimentar una reforma importante hacia 1880, debida al arquitecto municipal Ricardo Magdalena; tras el hundimiento de parte de la cubierta de los dormitorios, se transformó el sector suroeste del conjunto, al ser recortado su espacio para crear la fachada de ladrillo que hoy conocemos y que



◀ Iglesia de San Nicolás. A la derecha, parte de la fachada de Ricardo Magdalena.

“La de San Nicolás fue sin duda una iglesia mudéjar de las del tipo fortaleza, como atestiguan los elementos conservados de su estructura original.”



◀
Comunidad de las
Canonesas a principios
del siglo XX.

“Las Canonesas son una comunidad reducida que sigue peleando por la conservación de este magnífico legado histórico, artístico y espiritual, manteniendo el carisma que ha caracterizado siempre la vida del monasterio.”

recorre la calle Don Teobaldo, con su característico estilo historicista. Todo un compendio, como vemos, de la historia de la ciudad.

Y ahí siguen las Canonesas, pasados más de 700 años. De su intrahistoria, conservada en su archivo, en sus bienes, en documentos que guarda también el Archivo Histórico Nacional principalmente, solo vamos a destacar un capítulo, que da la medida del espíritu independiente y celoso de sus libertades que mantuvo esta comunidad de mujeres que estudiaban, trabajaban, regían su patrimonio y daban cabida a mujeres laicas, de origen noble como el suyo, para darles una formación adecuada a su nivel.

Ocurrió tras las disposiciones del Concilio de Trento que decretaban la clausura para todas las comunidades monásticas femeninas, en 1566. Las Canonesas se negaron vehementemente a someterse a clausura, pues su regla, vigente desde principios del XIV, no la establecía. Pelearon por su libertad durante décadas, involucrando a los diputados aragoneses, a los jurados

de Zaragoza, al arzobispo, al entorno del monarca y al mismo pontífice romano. El momento más crítico se vivió el 15 de junio de 1573, cuando las religiosas decidieron demostrar, simbólicamente, su oposición a quienes pretendían encerrarlas: a mediodía salieron paseando, como en procesión, hasta un huerto de su propiedad, y allí se entretuvieron cogiendo flores. Acto tan sencillo, cargado de poesía y de humildad, desató la furia de los defensores de Trento y un mes exacto después las Canonesas fueron excomulgadas. Pero no por ello cejaron en su lucha. Pasarían más de cuatro décadas hasta que, cuando ya las “rebeldes” habían fallecido en su mayoría y las demás estaban muy mayores, se acabara aceptando la clausura por las más jóvenes, erosionadas en su convivencia diaria por aquella larguísima pelea. La clausura se mantuvo hasta los años 70 del pasado siglo.

Hoy, las Canonesas son una comunidad reducida que sigue peleando, en este caso por la conservación de este magnífico legado histórico, artístico y espiritual, manteniendo el carisma que ha caracterizado siempre la vida

del monasterio. Su empeño es que ese legado lo reciban y mantengan los ciudadanos. Que, cuando ellas falten, sea de propiedad pública. Por eso llevan años tratando de involucrar a todos. En primer lugar a las administraciones, pero también a entidades privadas, siempre que trabajen en conjunto. Su determinación es firme, y su objetivo muy claro, pero saben que es difícil lograrlo. Lo más sencillo y práctico, para ellas, sería vender. Pero no quieren que todo ese patrimonio que es historia viva de Zaragoza se convierta un día en una ruina que alguien decida derruir o, en el mejor de los casos, en un negocio privado que mantenga en cierta medida los muros pero destruya por completo su esencia.

Temen, también, convertirse en el centro de una batalla política. Lo que precisan es un apoyo nudo y simple, libre, constante y decidido como ellas, pero también práctico, sostenible, activo, directo, útil. Las Canonesas tienen propuestas y las han expuesto en distintos ámbitos. Hasta ahora no han logrado materializarse, aunque ha habido intentos recientes.

Este artículo es una llamada de socorro. Ese enorme conjunto monástico necesita una restauración que hasta ahora solo ha atendido a lo más urgente, pero que debe continuarse para ser integral y lograr mantener lo que ha perdurado durante siglos. Necesita el apoyo ciudadano y el de las administraciones. Necesita que todos seamos conscientes del valor que atesora, de que es un riquísimo patrimonio que debemos mantener como ellas lo han hecho. Las Canonesas son muy generosas: no quieren nada para sí, solo alzan su voz para que abramos los ojos los demás.

Lo primero es conocer el monasterio. Id a verlo y a enamoraros, hay visitas todas las semanas. Y uníos a la causa de las Canonesas: sed cómplices de una tarea imprescindible.

Marisancho Menjón
Historiadora del Arte